

Prof. Dr. Ottmar Wilhelm G.

## El XXI aniversario de la Universidad de Concepción

DISCURSO PRONUNCIADO EL 22 DE ABRIL DE 1940

Señoras, señores:



**I**NICIADAS las labores docentes, celebra la Universidad de Concepción, todos los años, esta significativa velada para conmemorar el aniversario de su fundación y para hacer entrega solemne de los premios «Universidad», que cada una de las Facultades otorga a los alumnos que más se han distinguido en sus respectivos estudios, y también del Premio «Tomás Olivieri», instituido por dicho caballero, para el mejor alumno de la Clínica Médica del profesor doctor Guillermo Grant Benavente.

El hecho de premiar el éxito alcanzado con sacrificio, tenacidad y constancia, no sólo tiene el alto significado de una profunda satisfacción del deber cumplido para los alumnos que han terminado los estudios

en esta Universidad, sino que será para ellos también un recuerdo cariñoso y un aliciente de valor para perseverar con el mismo honroso afán de superación, en el noble desempeño de sus labores profesionales.

El discernimiento de estos premios no es sólo una distinción personal para los agraciados, sino que al efectuarse el acto público, constituye un medio que simboliza un conjunto de hechos que representan, en un rasgo culminante, coronar las aspiraciones e ideales de la juventud universitaria como un incentivo para asegurar el triunfo.

Para aquellos jóvenes que se alejan de esta Universidad, o que se despiden de sus aulas para cumplir mañana, conscientes de sus responsabilidades, las nobles tareas en la sociedad humana como son las de abogado, médico, ingeniero, profesor, dentista, farmacéutico, etc., representa también este acto el cálido homenaje por el cual los profesores formulamos la más acariciada esperanza de nuestra misión, el paternal deseo del éxito profesional, moral y cultural para nuestros hijos espirituales.

Y a los alumnos que quedan, o que se inician y continúan sus altos estudios, a esa juventud inquieta y alegre, de eternas ilusiones y nuevas esperanzas, significa esta despedida de sus compañeros, la advertencia de la transitoriedad de esa primavera, de esa bella época de estudiante, que todos los profesionales recordamos con nostalgia.

En el vaivén de la juventud universitaria, se man-

tiene la constante renovación de la vida eterna de su alma mater. Por eso la juventud estudiosa, consciente de su alta misión, debe compenetrarse cada vez más del compromiso que contrae con la Universidad; pues en tan breve tiempo debe el estudiante adquirir todo el bagaje de conocimientos necesarios y las sólidas bases técnicas y morales para cimentar con aguzadas facultades críticas y elevado espíritu ético su recia personalidad humana.

La Universidad mantiene como objetivo, en primer lugar, al entregar y crear los conocimientos por la investigación científica, velar por el destino de esa juventud que se forma en sus aulas y que va a constituir mañana la élite espiritual que en forma destacada en el cumplimiento de su apostolado profesional, cultural y moral, va imprimir los rumbos a la sociedad en que ella actúa. En consecuencia, la Universidad forma los hombres dirigentes de un país.

En la esfera de la acción social son precisamente los profesionales los que influyen más poderosamente en la directiva espiritual. Individuo y sociedad estrechan cada día vínculos más sólidos, confundiendo sus organismos en actividades conjuntas inseparables e indivisibles. Como células de este organismo vital—la sociedad humana—ninguna parte de este todo puede desentenderse de la influencia común, ni dejar de influenciarla en pequeñas o vastas proporciones.

Esta acción, será tanto más eficaz para el progreso material y espiritual de la vida, mientras más capaci-

tados sean nuestros técnicos y especialistas profesionales.

La función social de la Universidad moderna encarna un principio superior, de carácter netamente científico y educativo, y que en su acción cultural y pública determina el nivel material, intelectual y moral de la patria.

Las universidades encendieron el espíritu de renovación. El Renacimiento, que tuvo su cuna en Italia, fué la más alta expresión del sentimiento de rebeldía, para desprenderse para siempre del pensamiento caduco medioeval. Allí nacieron las primeras universidades, como Bolonia, la docta; Padua, en que enseñó Galileo, quien primero introdujo en las ciencias el método experimental como positivo instrumento de la investigación. En esas universidades se volvió a estudiar el genio antiguo como lo encarna el Helenismo, divinizando la naturaleza, la vida y la humanidad.

En el deseo de forjar una existencia nueva, nacieron el humanismo, el romanticismo y el neohumanismo. La vida espiritual se desplegó en las artes, la literatura, la filosofía y las ciencias, e inició a los hombres en el culto de la inteligencia y de la libertad de pensamiento. Fueron las universidades las que prepararon en esta acción la más profunda transformación política y social que alcanzara el mundo.

Las nuevas teorías educativas proclamadas por los pensadores, filósofos, jurisconsultos y hombres de ciencia y en renovadas prácticas pedagógicas aseguró la

más amplia difusión de la enseñanza. Así fué destruida poco a poco la ignorancia como causa de errores, de fanatismo, de miserias y de dolor humano.

Con los grandes descubrimientos científicos, se despejó también el velo misterioso que parecía cubrir a todas las fuerzas naturales. Estos temibles adversarios, esas tinieblas metafísicas, fueron transformados por el hombre en verdaderos auxiliares para la sociedad, elevando su estado económico, moral y social.

La humanidad ha apreciado en sus justos méritos la importancia trascendental de la ciencia como el más formidable valor de progreso. Así han recibido las generaciones, en la eterna sucesión de la historia de la humanidad, el legado de las conquistas espirituales. En el transcurso de los siglos, las ideas sobre el mundo y las fuerzas naturales sobre el hombre y la sociedad humana han cambiado incesantemente por el acervo de un mejor conocimiento.

Cada época posee un alma, un pensamiento o un ideal, fruto de su ciencia y su experiencia, que se refleja en la atmósfera filosófica, literaria, artística y científica. El efecto del vigoroso florecimiento científico y la filosofía positiva, ha suscitado en el último siglo también cambios psicológicos profundos. Los viejos conceptos, frutos del ingenio y de la elegante gimnasia intelectual de sus pensadores, fueron quebrantados por el análisis frío y sereno de la observación, complementado por el método experimental. El espíritu crítico y la libertad del pensamiento llevaron al

hombre a la más completa emancipación intelectual y moral. En este concepto se ha elegido también el lema para nuestra Universidad:

«Por el desarrollo libre del espíritu»

El alma universitaria lo forma su ambiente científico, ético y filosófico.

La Universidad, por la propia universalidad de sus ciencias y la serenidad reflexiva espiritual de su alma, no puede dar cabida a las agitaciones sociales y políticas sectarias, ni puede dejarse influenciar por ellas, pues mantendrá siempre abiertas sus puertas a todos, brindándoles sin distinción de clases y partidos, sus fuentes de sabiduría y de ciencia para la búsqueda de la verdad.

La función esencial de una Universidad es propagar y crear los conocimientos por la investigación.

En esta forma la Universidad como centro superior del conocimiento se constituye en fortaleza espiritual por la propia fuerza de su ciencia que investiga, e irradia su luz para la orientación de la conciencia humana como patrimonio de la cultura y de la civilización.

En esta región austral de nuestra patria, después de un siglo de emancipación política, en esta hidalga ciudad de Concepción, rica en tradición histórica y cultural, prendió también la chispa que encendió los espíritus y clavó la antorcha del saber sobre el fondo azul del infinito de su escudo, sobre palmas universi-

tarias, junto a las cuales comenzaron a brillar las siete estrellas de sus facultades.

Homenaje a los hombres que fundaron la Universidad y en particular a nuestro señor Rector don Enrique Molina, quien en su dilatada e infatigable labor se dirige precisamente hoy a Washington, para participar y representar a la Universidad de Concepción en el VIII Congreso Científico Americano, que propenderá a un mayor acercamiento espiritual entre los pueblos de América. Homenaje a los profesores y el personal docente, que en su inextinguible misión educadora han creado al lado del escudo heráldico de nuestra ciudad, el escudo de su Universidad, que es también un escudo de almas para defender con celo, abnegación y sacrificio, los más sagrados postulados del espíritu.

El programa que se ha trazado la Universidad y la materialización para cumplir sus elevadas funciones, está esbozado, en este último aspecto, en el plano de la Ciudad Universitaria; donde ya se levantan en líneas puras los claros y sagrados templos del saber.

La Ciudad Universitaria, con sus Escuelas e Institutos, sus avenidas y futuros campos de deportes y parques, centralizados en forma racional en el plano del Prof. Dr. Brunner, contempla no sólo el problema de la investigación sino también, un fin altamente educativo en una atmósfera de perfeccionamiento intelectual, moral y físico.

La convivencia cotidiana y el intercambio intelectual de alumnos y profesores y el contacto entre los miembros de las diferentes Facultades, propende a la formación de una cultura integral de una comunidad idealista en que nacen las sugerencias para la investigación.

Para el eficiente cumplimiento de su acción científica y docente, el Consejo y H. Directorio han tenido también la feliz iniciativa de contratar en los países que cuentan con las más antiguas y célebres universidades del mundo, a distinguidos profesores y prestigiados hombres de ciencia. Trabajan actualmente y ya durante más de 10 años en Concepción los profesores doctores Carlos Henckel, Ernesto Herzog y Helmuth Kallas, quienes dirigen los Institutos de Histología, de Anatomía Patológica y de Fisiología, respectivamente. El profesor doctor Agostino Castelli se ha hecho cargo de la dirección del Instituto de Bacteriología. En la Escuela de Ingeniería Química, laboran los profesores doctores Argeo Angeolani y Leopoldo Muzzioli en los correspondientes Institutos de Química y Física Industriales.

Estos distinguidos maestros europeos, forjados en esos ambientes universitarios saturados de intensa vida académica, organizan y dirigen los Institutos mencionados, donde se enseñan y cultivan los métodos y las disciplinas científicas, los legados milenarios que representan las conquistas espirituales de la cultura occidental, y siembran en tierra chilena, para que fructi-

figuen en los discípulos que con orgullo podrán ostentar el haber tenido como profesores a dichos maestros. En ese ambiente de alta cultura científica trabaja también el profesorado nacional.

Allí en el Instituto de Anatomía yace sobre el mármol frío el cadáver humano para meditación y estudio de los futuros galenos, los hijos de Eusculapio, que en colaboración con farmacéuticos y destistas lucharán contra la muerte, extirpando el mal y el dolor para defender la vida y asegurar al hombre y a la sociedad, la salud, como capital del trabajo y felicidad suprema, como energía creadora.

En los laboratorios e institutos se investiga buscando afanosamente la solución de tantos problemas, ya regionales, nacionales o de orden general, en los diferentes campos de las ciencias. En los seminarios, en las bibliotecas y en las aulas se forman los futuros sacerdotes incorruptibles para garantizar el triunfo de la justicia y el derecho.

En los Institutos de Química Industrial nacen a la vida los ingenieros que van a movilizar la riqueza potencial que nos reserva la naturaleza para el mejoramiento económico y por consiguiente social de nuestra vida.

En sentido análogo ha comenzado últimamente a realizar con éxito también sus labores el Departamento Agrícola.

La Facultad de Filosofía y Educación vela por la más noble de las profesiones, la formación del profe-

sorado, que mantiene la enseñanza y la educación y cumple, en el marco de las finalidades de la Universidad, con el más alto postulado: la transmisión de la cultura. Esta Facultad ha creado nuevamente los cursos para profesores primarios.

Además de la enseñanza profesional y de la investigación científica se ha desarrollado también la extensión universitaria. Ya que, por razones de impedimento de tiempo o de otra índole, no todas las personas deseosas y anhelantes de disfrutar de una enseñanza superior pueden acudir a la Universidad, ésta ha tratado por diferentes medios de llegar hacia ellos. Se ha organizado en forma magnífica la Biblioteca Central y los ciclos y las conferencias de extensión universitaria.

Se han organizado también cursos nocturnos para conductores de obras, para contribuir en forma positiva a la reconstrucción de esta extensa zona azotada por el cataclismo.

Como emisarios del intelecto van a todos los centros de cultura las publicaciones de la Universidad de Concepción. La revista «Atenea» goza el prestigio de ser pocas veces igualada entre las que se editan en la América latina. La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales publica la «Revista de Derecho», que es justamente apreciada por los cultores de la Justicia. El «Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción», mantenida por los profesores de ciencias y patrocinado por la Universidad, lleva a todos los centros científi-

cos del mundo entero, las investigaciones que se realizan en los laboratorios e Institutos.

La labor de fomento y cultivo de las ciencias está representada además por las reuniones académicas, los congresos y torneos científicos, que durante estos 21 años, se han llevado a cabo por primera vez en la historia de esta ciudad.

Se han realizado en Concepción justamente por su Universidad: El primer Congreso Nacional de Farmacia; el primer Congreso Nacional de Patología Regional; la 4.ª Semana de la Experiencia Quirúrgica; la Semana Sureña del Cáncer; dos Semanas Nacionales Odontológicas, etc.

Un importante aporte a la investigación científica nacional y regional lo constituyen también las espléndidas memorias de grado, patrocinadas por los profesores y que se realizan en las bibliotecas, laboratorios, seminarios, clínicas e institutos.

Continuamente, el Departamento de Extensión Cultural ha ofrecido la tribuna universitaria a los más destacados hombres de estudio del país y del extranjero. Han visitado a Concepción, a traernos el acervo de su experiencia, personalidades que ocupan los más altos pedestales en sus respectivas ciencias.

Imposible sería hacer, siquiera resumidamente, una sinopsis de los hechos y las acciones más culmimantes de la vida cultural y científica de ésta todavía tan joven Universidad. Ellas están expuestas en parte en las publicaciones ya referidas y mencionadas en las

memorias que presenta y publica el Honorable Directorio, con toda regularidad, cada año.

Durante el año pasado, con motivo del terremoto, la Universidad, aun con los perjuicios materiales sufridos por el Instituto de Fisiología, la antigua Escuela de Farmacia y el edificio de este teatro, pudo, gracias a la sólida construcción de sus nuevos pabellones en la Ciudad Universitaria, prestar los más efectivos y oportunos auxilios. En los magníficos pabellones de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales y de la Escuela de Educación se instalaron los Hospitales de Sangre y de Emergencia, y en un noble sentimiento humano, la Universidad ha cedido por dos años dichos pabellones para facilitar la construcción del Hospital Clínico Regional, que con tanta urgencia necesita, no sólo la ciudad de Concepción, sino toda la extensa zona sur del país, pues la existencia de la Facultad de Medicina de esta Universidad con sus respectivos Institutos, sus laboratorios y sus clínicas, garantiza la eficiencia de la labor hospitalaria, por el tutelaje y el aporte científico que ejerce su acción humanitaria en favor de los que sufren.

Una nota digna de mención y que con orgullo puede anotarse la juventud universitaria y en particular los estudiantes de Medicina, fué la organización de las brigadas sanitarias de primeros auxilios, que cooperaron en forma tan abnegada a la labor de los médicos.

En la Escuela de Farmacia funcionó la Maternidad, en el Instituto de Biología que está al frente, el

Asilo Prenatal y la Jefatura de Salubridad de Emergencia con el Depósito Central de los materiales de auxilio. Todas las salas de clases y trabajos en el Instituto de Anatomía se habilitaron como refugios. La Universidad de Concepción cumplió, en esos días trágicos, con la más efectiva labor de solidaridad humana.

Sólo hoy, terminadas las reparaciones y restaurada esta sala, inauguramos nuevamente este lugar para el cumplimiento de su acción cultural y artística.

Vuelven a llenar estos ámbitos los acordes de la armonía. Se ha cantado hoy, por primera vez, en los anales de la historia de su breve existencia, el Himno de la Universidad de Concepción.

Como un nuevo soplo vivificador subliman y purifican los acordes de nuestra alma, junto a las bellas frases del poeta.

«Ausia de cultura, lámpara encendida  
que su albor proyecta sobre el porvenir,  
tengámosla en alto y amemos la vida  
que es alfa y omega, cénit y nadir.

Como se nos brinda la naturaleza  
así nos entrega la Universidad  
los frutos del Arte—que son de belleza  
y los de la Ciencia—que son de verdad».

Y allá en la Ciudad Universitaria, entre los templos claros y encendidos, donde los tiernos árboles su-

mergen hoy sus raíces en el fértil légamo de lo que sólo hace poco fué un pantano, brotará cada año más robusto el follaje para cobijar a la eterna juventud que pasa por las aulas de su alma mater.

En ese ambiente apacible, propicio para el estudio y la meditación, contemplarán las generaciones la belleza de las clásicas estatuas griegas, bajo la sombra acogedora de árboles viejos, quien sabe si hasta entonces ya muchas veces centenarios.

Vivimos en una época de crisis, de valores y de comprensión humana. El maquinismo y el tecnicismo, en vertiginoso ritmo, parece no dejar tiempo para aquilatar las manifestaciones de la vida espiritual.

En nuestra querida patria, como en todos estos jóvenes países de la América, que carecen todavía de tradición cultural y científica, y en que priman los valores materiales, debemos encauzar el rumbo de nuestras actividades intelectuales hacia el futuro, el porvenir que plácido y sonriente se abre en esta tierra a las nuevas generaciones.

A vosotros los jóvenes, que tenéis todavía todo el divino tesoro de vuestra existencia por delante, y que podéis cultivar el espíritu y armaros caballeros de la idea y de la acción, os espera la gloria de contribuir a realizar las aspiraciones de una cultura americana, de paz y de justicia social.

En el siglo de Pericles contemplaba un transeúnte incógnito la estatua clásica de una Venus, para escri-

bir sobre su zócalo de mármol: «Creo en el espíritu, porque ha creado el arte y la belleza».

Han pasado en la historia de la humanidad más de 2000 años y las estatuas clásicas que posan sobre los verdes prados de nuestra ciudad universitaria, mientras más se contemplan mejor se comprenden, y mientras más tiempo y generaciones pasan, el intelecto humano comprenderá también mejor los valores del espíritu.